



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Nuevas fronteras en el fin del milenio

Autor: Lojo Calatrava, María Rosa

Forma sugerida de citar: Lojo, M. R. (1996). Nuevas fronteras en el fin del milenio. *Cuadernos Americanos*, 2(56), 71-86.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 56, (marzo-abril de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Exécepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial- Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by/-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NUEVAS FRONTERAS EN EL FIN DEL MILENIO

Por María Rosa Lojo
CONICET, ARGENTINA

1. Significado de la 'frontera' en América

LA PRIMERA MIRADA sobre la importancia de la *frontera* como concepto clave en la constitución de la nacionalidad viene desde América del Norte. A partir de la tesis de Frederick Jackson Turner,¹ los norteamericanos comenzaron a leer su frontera como la perpetua motivación para el avance que les permitió erigir sus hogares en la intemperie —la llamada *wilderness*—, establecer un cosmos en lugar del caos, formar una sociedad dinámica, libre y competitiva donde los derechos individuales se ejercieran creativamente. Un verdadero mito nacional se formula en torno de esta línea móvil que supone el predominio de la 'civilización' sobre la 'barbarie' y de la actividad humana sobre la pasividad y la resistencia de lo natural.

Investigaciones posteriores fueron desarticulando y discutiendo este mito poderoso. Así, William McNeill² destaca el lado negativo de la expansión europea, esto es, la desaparición o la esclavitud para las culturas nativas. Indudablemente, las culturas dominantes utilizan el concepto de frontera en forma ideológica, en tanto y en cuanto se considere como *wilderness* o "desierto" (así elegimos llamarlo en Argentina) a la zona donde se halla, no la mera "nada", el espacio "salvaje" a cubrir o dominar, sino la forma de vida de un "otro" demonizado o negado por el conquistador. Señala Hebe Clementi:

¹ Cf. la exposición de esta tesis en *Where cultures meet. Frontiers in Latin American history*, de David Weber y Jane Rausch, comps., Wilmington, Jaguar Books, 1994 (*Jaguar Books on Latin America*, núm. 6), pp. 1-18 (texto, "The Significance of the Frontier in American History", por Frederick Jackson Turner).

² Cf. en el libro citado *supra*: "The great frontier: freedom and hierarchy", pp. 64-71.

No hay espacio vacío en América: fue siempre un hábitat del indio, en su infinita variedad antropológico-cultural. Nunca es un espacio totalmente deshabitado, aunque haya parecido serlo en algún momento lejano de la conquista, y aunque ciertamente fue escasamente poblado, salvo pocas excepciones... pero en todos los casos se concibió al espacio como vacío, lícito para la ocupación del pionero, el colono, el fortinero, el soldado, la nación, el estado.³

Lejos de la visión optimista de un Turner, los intelectuales latinoamericanos han contemplado más bien las aristas problemáticas del concepto de "frontera". Señalan Weber y Rausch que las fronteras en Latinoamérica han engendrado sobre todo mitos negativos, tanto en la literatura culta como en la imaginería popular.⁴ Antes que un lugar de regeneración o de escape a las limitaciones de una sociedad civilizada rígida, para fundar otro orden más pujante y flexible, la frontera es vista preferentemente como un trágico confín de la tierra, una zona infernal donde el más débil queda inerme ante el más fuerte, y la violencia es la ley. En general, pensadores y escritores hispanoamericanos del siglo pasado consideraron la vida en las fronteras como un remanente brutal y primitivo que debía ser eliminado mientras que la fuente del progreso se colocaba en la vieja Europa.⁵

Dentro de la evaluación latinoamericana de la frontera, que, o bien la minimiza, o bien la adscribe a la negatividad, Argentina y Brasil, precisamente los socios más poderosos del actual Mercosur, configuran dos casos excepcionales. Tanto el *gaucho* como el *bandeirante*, habitantes de esa tierra de nadie que los sectores intelectuales de su tiempo asociaron con el anatema político y los terrores del vacío, concluyen su periplo histórico como representantes del carácter nacional, canonizados por las clases dirigentes y por el imaginario colectivo.

2. La frontera en la literatura argentina. De la persecución a la canonización del gaucho

Si nos remitimos a nuestro país, desde el *Facundo*, gran libro fundador, se instala una inquietante ambivalencia en las raíces mismas

³ Cf. Hebe Clementi, *La Frontera en América. I. Una clave interpretativa de la historia americana*, Buenos Aires, Leviatán, 1987, p. 46.

⁴ *Op. cit.*, introduction.

⁵ Cf. V. E. Bradford Burns, *The poverty of progress. Latin America in the nineteenth Century*, Berkeley, University of California Press, 1980 y Tom R. Sullivan, *Cowboys and Caudillos: frontier ideology of the Americas*, Bowling Green, OH, Bowling Green State University Popular Press, 1990.

de la identidad sociocultural argentina en su relación con la frontera, entendida como margen a donde la civilización aún no llega. Sarmiento criticará, políticamente, la "barbarie" que Facundo representa. Sueña, en teoría, con un país ilustrado cuyos modelos serían, primero, la civilización europea, y luego la sociedad estadounidense, donde encuentra las pautas más progresistas de crecimiento y desarrollo. Poblar el desierto, trasladar a él las ciudades, revertir lo que considera como un movimiento aniquilador que parte desde la "bárbara" campaña al oasis "culto" de la ciudad: éstos son los proyectos explícitos de su generación, la de los proscritos, la del treinta y siete. Sin embargo, es el mismo Sarmiento quien construye una poética del vacío y una antropología literaria que coloca al gaucho como imagen modélica argentina, desde una visión estética romántica y desde un afincamiento profundo en esa "tierra adentro" de la que él mismo proviene. Así, sostiene Sarmiento que la poesía nace de la "extensión, de lo vago, de lo incomprensible, porque sólo en donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal";⁶ hay una vigorosa "poesía de la barbarie" que deriva de la seducción y la fascinación de lo desconocido como riesgo permanente. El viajero que atraviesa las pampas desmesuradas se encuentra ante un horizonte "incierto, vaporoso, indefinido" que "lo fascina, lo confunde, lo sume" en un estado de contemplación y duda, introduciéndolo en otra clase de frontera: la que separa, tenuemente, el sueño de la realidad. La emoción poética surgida de estas llanuras donde se toca el Origen se confunde con el sentimiento religioso como desnudez de la criatura ante el misterio maravilloso y abrumador de la creación: "Un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, i sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras". Facundo es la personificación antropológica que corresponde, cabalmente, a este grandioso ámbito natural. Es el ser *original*, porque representa estéticamente la singularidad, la peculiaridad de la llanura sureña y porque es la encarnación de lo originario, el *Urmensch*, el hombre primigenio, el hombre arcaico que no se inclina ante las leyes sociales sino que crea él mismo su propia ley que es la ley de sus pasiones desencadenadas como fenómenos naturales:

⁶ He utilizado la edición de Alberto Palcos en *Obras Completas*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961. Todas las citas son de esta edición. Esta cita y la que sigue inmediatamente son de la página 43.

Es el hombre de la naturaleza que no ha aprendido aún a contener o a disfrazar sus pasiones; que las muestra en toda su energía, entregándose a toda su impetuosidad. Éste es el carácter original del género humano (89).

Facundo es tipo de la barbarie primitiva; no conoció sujeción de ningún género: su cólera era la de las fieras (p. 89).

Sarmiento, por supuesto, obedece aquí a un mito romántico, apoyado en la idea rousseauiana de un individuo que precede al contrato social, ignorando, como lo prueba la moderna antropología, que se nace en sociedad, y que difícilmente puedan hallarse comunidades más estrictamente controladas y reglamentadas que las arcaicas o primitivas. Pero su figura facúndica vale como arquetipo y estilización de un fantasma colectivo, mucho más allá de las teorías científicas, las comprobaciones empíricas, y del sujeto real histórico —el caudillo de la alta sociedad riojana capaz de leer a Plutarco. El Facundo Quiroga sarmientino, que lleva poncho y no *frac*, que desdeña mansiones para quedarse en su tienda de campaña, que ostenta melena y barbas frondosas (rasgo que se repetirá en el Martín Fierro de Hernández y de Borges y en el Juan Moreira de Gutiérrez), es el “grandioso espejo” de “la manera de ser de un pueblo”, es el Espíritu de la Pampa que constituye la naturaleza misma de lo argentino “pues si solevantáis las solapas del *frac* con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho” (p. 177).

Pero lo más interesante de todo es, tal vez, que en este hombre arcaico cuyo mundo precede a la cultura, ve Sarmiento un verdadero “prócer malogrado” que se redime, hacia el final de su vida, por el apoyo que presta a la posibilidad de un orden, a la idea de la constitución nacional que unificará al país. Entonces baja a Buenos Aires, y se opone, en este sentido, a Rosas, presentado como un ser de maquiavélica inteligencia, que explota su imagen gauchesca como una pose para conseguir la adhesión ciega del pueblo. Facundo pagará con la muerte su postura constitucionalista y se convertirá en una suerte de “chivo expiatorio” sobre cuyas cenizas se ha constituido por fin la unidad nacional. Así reza la meditación elaborada cuarenta años más tarde, luego de una visita a la tumba del caudillo riojano, en el Día de los Muertos.

Otros textos fundadores, como *Amalia*, de José Mármol, y *El Matadero*, de Echeverría, también vuelven sobre el tema de la frontera. En *Amalia* existe un ámbito central, que es el urbano, donde se focaliza la tensión dramática, y dos ámbitos periféricos: uno interior, la naturaleza domesticada y cultivada, afín a la casa humana, y

otro exterior, la naturaleza salvaje, la *intemperie*, el paisaje pampeano, territorio del gaucho. Entre estas zonas se establece una frontera que no debe ser sobrepasada. El gaucho es tolerado mientras se quede en su lugar, en el abierto despojo de la Pampa, definida por la inmensidad inabarcable y la ausencia de todo lujo, que la distingue, decididamente, de los ubérrimos escenarios tropicales. El hombre de la llanura es un poder amenazante identificado con lo incontenible y caótico de la naturaleza: "Está rodando siempre, como una tempestad, las orillas de las ciudades".⁷ Y la tempestad se desencadena, por fin, cuando los hombres de la Mazorca entran a sangre y fuego en el salón de Amalia, quebrando los límites, desnudando la verdad estética de la violencia y logrando, acaso, la mejor escena del libro.

El relato de Esteban Echeverría se desarrolla en una periferia brutal: las afueras en el sur de la ciudad, donde se halla el Matadero de la Convalecencia. En esa zona de límites imperan la confusión, la mezcla, y el orden de lo escatológico, que invierte y parodia las categorías del mundo urbano, de la civilidad. Allí se aventura el joven unitario, presunto apóstol de la civilización, pero que morirá copiando con su furia la figura del toro salvaje. El candente drama del país, las fuerzas en pugna, los "hermanos enemigos" parecen encontrar en este borde exacerbado su expresión visceral.

Este "Sur" marcará una frontera de intensa vitalidad y fascinación en el imaginario colectivo, que recurre, una y otra vez en las ficciones. El cuento homónimo de Borges destaca el tránsito al Sur como un pasaje casi iniciático a la dimensión profunda y arcaica de la memoria común: "Nadie ignora que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia. Dahlmann solía repetir que ello no es una convención y que quien atraviesa esa calle entra en un mundo más antiguo y más firme".⁸ El viejo gaucho que de algún modo decide el duelo de Dahlmann es el símbolo humano, la personificación de ese Sur inmemorial, donde Dahlmann y la comunidad ven su propio rostro olvidado: "Era oscuro, chico y reseco, y estaba como fuera del tiempo, en una eternidad. Dahlmann registró con satisfacción la vincha, el poncho de bayeta, el largo chiripá y la bota de potro y se dijo, recordando inútiles discusiones con gente de los partidos del Norte o con entrerrianos, que gauchos de esos ya no quedan más que en el

⁷ Utilizo la edición de Alfredo Veiravé, Buenos Aires, Kapelusz, 1960, p. 495. En adelante, se cita de acuerdo con esta edición.

⁸ "El Sur", en *Ficciones, Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 526.

Sur'' (p. 528). También reaparece el Sur en *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato, como el sur urbano de Buenos Aires (el mismo sur de *El Matadero*),⁹ focalizado en la vieja casa de Barracas donde se deposita la memoria histórica argentina, desde las guerras de la Independencia a las guerras civiles, desde las pampas bonaerenses a otra frontera, la del montañoso Noroeste donde muere Lavalle, y como el Sur patagónico, en tanto *tabula rasa* donde la historia parece iniciarse recién, promisorio frontera en movimiento que ofrece olvido, purificación y posibilidad de crecimiento.

Si volvemos al siglo XIX, otras obras nos parecen insoslayables para definir el mundo semántico instalado alrededor de la frontera. Por un lado, tenemos *Una excursión a los indios ranqueles*,¹⁰ de Lucio V. Mansilla, libro transgresor en muchos sentidos, porque representa un múltiple cruce de umbrales y transposición de límites. El límite físico de la frontera con el Imperio ranquel, que pone a su autor en inédito contacto con el corazón de la Tierra Adentro y de las culturas que habitan el supuesto Desierto, y el límite del prejuicio, tránsito que permite a Mansilla salir de los estereotipos ideológicos de su tiempo, reconocer en el "otro" demoníaco, en el salvaje, a un prójimo, y un sujeto cultural, y en el tránsfuga criollo, en el gaucho perseguido, en el desertor que se refugia en las tolderías, a un representante genuino de ciertas virtudes nacionales. En este sentido Mansilla es, como bien se ha dicho, un precursor del *Martín Fierro*. Su libro heterodoxo da respuestas, a menudo irónicas y mordaces, al fanatismo sarmientino por la inmigración en detrimento del paisano, del elemento nativo al que se desprecia; se escribe una nueva topología de la "barbarie" que modifica la valoración de la campaña respecto de la ciudad, y avienta lugares comunes de la retórica que se han utilizado —dice Mansilla— con palmario desconocimiento, para describir la variedad de las pampas. Se postulan otras dicotomías que oponen el orden de la naturaleza, concebida como *realidad, libertad y placer*, a la *utopía* (la mentira, que termina en el derramamiento de sangre), la *opresión* y la *represión* (las leyes, en suma, de las convenciones sociales vinculadas al *statu quo* civilizado). El cruce de la frontera, más que llevar a un margen, a una exterioridad desoladora, ha conducido al *más acá*: lo interior, lo primero y primitivo, lo elemental (el cuerpo y el

⁹ Cf. Blas Matamoro, "En la tumba de los héroes", Homenaje a Ernesto Sábato, *Cuadernos Hispanoamericanos*, vol. CXXXI, núm. 391-393 (1983), pp. 485-497.

¹⁰ Utilizo la edición de Guillermo Ara, Buenos Aires, Kapelusz, 1966.

juego), lo *propio*, que es la Tierra Adentro con sus criaturas (el verdadero núcleo del país, no la centrífuga ciudad porteña); el sujeto del viaje, y el país mismo, reconocerán, en este periplo, su propia cara escondida y desconocida.

De estas imágenes mansillanas, la comunidad rescatará al gaucho y descartará al indio. El *Martín Fierro* primero, y el *Juan Moreira* después, consolidarán modelos identificatorios de rotundo atractivo, frente al peligro de otra frontera que no es ya la frontera interior entre lo urbano y lo salvaje. La deseada inmigración llega por fin, abrumadoramente; no sólo, y no ya, puebla el campo, sino que se concentra en las grandes ciudades donde las duras condiciones de vida promueven la agitación política. La clase dirigente reacciona por lo general con rechazo y temor frente a esta avalancha extranjera que proviene de los niveles más humildes de la sociedad y que está cambiando aceleradamente la cultura argentina, desde las costumbres hasta el idioma (de esto se quejan muchos hombres de la Generación del 80). Tal rechazo produce novelas como *En la sangre*, de Cambaceres, donde el hijo de modestísimos inmigrantes italianos que han hecho cierta fortuna aparece como un trepador voraz y mezquino, que contamina con su "mala sangre" las altas esferas de la sociedad tradicional argentina. Por otro lado, se produce en las últimas décadas del XIX y la primera del siglo XX un florecimiento de la ficción criollista popular y folletinesca que recrea las imágenes de Moreira —llevado a la celebridad por Gutiérrez y por el circo criollo— y de otros héroes afines. Fierro, Moreira, Santos Vega, se codean en esta literatura de cordel que cumple, como observa Adolfo Prieto, una importante función aglutinadora y representativa, tanto para el campesinado autóctono que se afina en la ciudad, desarraigándose, como para los mismos hijos de inmigrantes en busca de símbolos de argentinidad que los integrasen mejor en la vida nacional.¹¹

Por fin, Leopoldo Lugones, a través de la serie de conferencias reunidas en el libro *El Payador*,¹² lleva a cabo la decidida glorificación del gaucho por parte de las élites cultas. El antiguo marginal hernandiano, el "bárbaro" de la montonera, cuya sangre era lo único que tenía de humano, como llegó a decir Sarmiento en su célebre carta a Bartolomé Mitre, se ha convertido en un héroe civiliza-

¹¹ Tal es la tesis de Adolfo Prieto en *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

¹² Utilizo la edición de Huemul, Buenos Aires, 1972. En adelante, se cita de acuerdo con esta edición.

dor, el único elemento que podía contener con eficacia a la barbarie indígena —dice Lugones— a la que describe como un estado de inhumanidad repugnante y bestial (“sus satisfacciones asemejábanse a la hartura taimada de la fiera. Todo en ellos era horrible, física y moralmente hablando”, p. 52). Para Lugones, en el gaucho prepondera la “sangre hidalga” española; él posee todos los “matices psicológicos” que le faltan al “salvaje”, aunque de su antepasado indígena derive cierta tendencia al ocio y al pesimismo; a él debemos, en suma, nuestras “virtudes nacionales”, y también el elemento que nos independizó de España. *Martín Fierro* es alabado como el gran poema épico argentino que sabe expresar genuinamente tanto la lengua como la idiosincrasia y las vicisitudes del hijo de la tierra, donde se articula “la vida heroica de la raza: su lucha por la libertad, contra las adversidades y la injusticia” (p. 167).

Es largo el camino recorrido por la imagen gauchesca: desde la criatura de la Naturaleza que se dibuja en *Facundo*, desmesurada y sin otra ley que la de la propia pasión, hasta la del héroe lugoniano, paladín de la civilización y la libertad. Pero esta imagen, asociada siempre al espacio a recorrer, al espacio por conquistar donde se halla a la vez lo nuevo y lo originario, perdura en la comunidad y en sus ficciones y nos identifica.

3. *Las fronteras argentinas en su relación con Latinoamérica y con Europa. Centros y márgenes internos*

LA elección del gaucho como paradigma nacional no nos sirvió para sentirnos más unidos al resto de Latinoamérica. Más allá de cierta retórica bolivariana y de nominales lazos de fraternidad y amistad (lo que no pudo impedir muchos incidentes por cuestiones de límites), nuestro país se sintió, por mucho tiempo, distante y distinto de los demás países iberoamericanos. No sólo Buenos Aires se creyó la “París” o la “Atenas” del Plata, no sólo nuestras clases dirigentes —como las de otros países de Hispanoamérica al fin de cuentas— se educaron a la europea. En la Argentina, la enorme incidencia de la inmigración foránea y la aniquilación de los aborígenes que en la vasta frontera sur presentaron batalla hasta el fin, determinó que el componente indígena fuera relativamente escaso, y, más que escaso, negado o desconocido: “Ni que quieras llevarle la contra al país. No tenemos indios. Somos un país blanco, progresista. Y ahí te la pasas juntando esas porquerías. Es una vergüenza. Mira, mira todo

eso”, así le dice a su marido, profesor de historia y etnógrafo aficionado, Maruja, hija de “una de esas familias criollas de Buenos Aires que se creen distinguidas” y que “se había educado leyendo revistas norteamericanas”. El personaje —claro reflejo de cierta clase media argentina— pertenece a un irónico cuento de Enrique Anderson Imbert.¹³

No obstante, y más allá de esta superficial autocomplacencia, los intelectuales argentinos experimentan con respecto a Europa una perpetua minusvalía, una insatisfacción mordiente. *Sur* nace como el intento de reforzar los vínculos entre ambos mundos, y al mismo tiempo de consolidar —o de encontrar— la peculiaridad latinoamericana y argentina.¹⁴ La mayoría de los intelectuales conspicuos de esta revista —que fue también un movimiento cultural— profesan, más que la afirmación, la vigilancia y la sospecha. Son conscientes de la distancia entre la realidad y el deseo, el ideal inteligible y el mundo oscuro que se resiste a sus pautas de comprensión. Retornan con fuerza las imágenes del vacío. Una fundación que no existió en realidad, una tierra soñada como fabulosa Trapalanda o áurea Ciudad de los Césares que no pudo ofrecer esas riquezas al conquistador o al inmigrante, sino sólo la inmensidad desnuda que entregaría algo únicamente a cambio de trabajo. Una tierra que defraudó y por ello nunca fue realmente habitada ni querida, condenándonos al cíclico retorno de la “barbarie” caótica bajo el barniz europeo: tal es la visión sombría de un Martínez Estrada,¹⁵ que alcanza dilatada influencia sobre su generación y las posteriores. Héctor Álvarez Murena, en cierta medida su discípulo, añade a esa intemperie barrida por los vientos la calificación de *des-tiempo*. América es el *Finis terrae* y la tierra de nadie, sin nombres y sin límites, donde el Dios vivo, aterrador y fascinante, no ha sido conjurado aún. La fractura de la Historia que determina una segunda expulsión del Paraíso: esto es, la expulsión de Europa, aparece antes que como caída, como separación, desplazamiento, desviación del Centro; el Mal no es ya sustancia, sino *distancia*. El europeo conquistador se ha separado de una cultura que no le sirve en América, para América, pese a que se obstine en remedar sus formas vacías, y tampoco ha sido capaz de entablar un diálogo fecundo con las culturas aborígenes y

¹³ *El gremio*, Buenos Aires, Losada, 1961, p. 185.

¹⁴ Cf. el libro de Óscar Hermes Villordo, *El grupo Sur. Una biografía colectiva*, Buenos Aires, Planeta, 1994.

¹⁵ Cf. Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, Losada, 1957.

hacerse propicios sus númenes. Ha matado al hermano como Caín, sin escucharlo ni entenderlo, y pagará este pecado con un error insaciable que nunca desemboca en la verdadera constitución de una morada.¹⁶ Pero de estas culturas aborígenes se ocupará sagazmente un filósofo argentino que no perteneció a *Sur*: Rodolfo Kusch,¹⁷ contemporáneo de Murena, que encuentra la posibilidad de pensar nuestra realidad desde el pensamiento indígena sólo en apariencia olvidado. Hay dos conceptos fundamentales a tener en cuenta: el de *mestizaje* —interpenetración de culturas que no se limita de ninguna manera a la mezcla racial, y puede existir incluso sin ella—, y el de *fagocitación*, que implica el trabajo constante de ese pensamiento precolombino residual sobre los esquematismos europeos que actúan sólo en la superficie. Por este trabajo persistente y secreto, no sólo la Argentina presuntamente blanca se diferencia de Europa, sino que se une por fuertes corrientes subterráneas a los demás países latinoamericanos a través del sustrato indígena operante. Ya antes que Rodolfo Kusch, el santiagueño Bernardo Canal Feijóo, ajeno asimismo a *Sur* y a la visión metropolitana del país, había señalado las bases mestizas de nuestra estructura poblacional y cultural; la influencia del radio de las “tonadas” indígenas en la etapa fundacional de las ciudades, la falsedad de identificar a las campañas con el desierto y la barbarie (en las campañas, dice, se hallaba el grueso de la población nacional, y la fuente de recursos básicos para las urbes).¹⁸ El ensayista santiagueño destaca, como una suerte de excepción aberrante, ese “extraordinario estado de espíritu argentino” que “sólo admite como forma válida de cultura la que ‘llega’ o viene y no concibe la que ‘nace’, la que puede nacer, la cultura en tiempo natural, con naturaleza histórico-geográfica argentina”.¹⁹ Señala por ello que el indio “no puede dejar de estar en el fondo del ser americano y argentino” (p. 79). Critica

¹⁶ Cf. para la primera etapa de Murena, su famoso libro *El pecado original de América*, Buenos Aires, Sur, 1954. Su posición evolucionará luego, al tomar en cuenta el problema de las culturas indígenas dominadas; cf. *El nombre secreto*, Caracas, Monte Avila, 1969.

¹⁷ Cf. de Rodolfo G. Kusch, *La seducción de la barbarie*, Buenos Aires, Raigal, 1953; *América profunda*, Buenos Aires, Hachette, 1962; *El pensamiento indígena y popular en América*, Buenos Aires, Hachette, 1970.

¹⁸ Cf. *Teoría de la ciudad argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1952.

¹⁹ Del mismo autor, *Proposiciones en torno al problema de una cultura nacional argentina*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1944; la presente cita corresponde a las páginas 58 y 59. Todas las siguientes son de esta edición.

la concepción del gaucho como "imagen nativa concebida desde el lado español de la mitología antropológica" vernácula, y concluye —contra la exclusión del mestizo respecto de esta "mítica y a veces épica categoría"— que "sus rasgos aparentes parecen trasuntar al menos tanto la imagen interior del indio levitado e inmerso en la naturaleza como la del conquistador detenido y recobrado ante ella" (p. 80). En suma, insiste Canal Feijóo, el destino de esta cultura hispanoamericana de múltiple raíz, a la cual pertenecemos, no puede ser otro que el de una "progresiva americanización".

La frontera interior, y el elemento indígena subsumido en el criollo se hicieron claramente visibles produciendo reacciones de muy variado tenor entre los intelectuales, durante la gran migración interna y la agitación social de los años peronistas. El "cabecita negra" es visto a menudo como el sucesor de la montonera federal, "bárbaro" invasor que se cierne otra vez, como una tempestad, a las orillas de las ciudades (baste leer ciertos textos de Martínez Estrada, Julio Cortázar, Bustos Domecq, entre otros). Pero los años sesenta, que marcan una progresiva latinoamericanización de la conciencia argentina y un hacerse cargo del interior, de la periferia, por parte del centro metropolitano, van a recuperar esta imagen con interés, simpatía, y también con inteligencia. Las obras de Moyano, Tizón, Juan José Hernández, el mismo Ernesto Sábato, Germán Rozenmacher, Haroldo Conti, Di Benedetto, nos recuerdan al aborigen sepultado en las raíces y nos remiten al común destino sudamericano que Borges, más allá de sus opiniones políticas —lo menos perdurable de un hombre como bien dijo él mismo— supo ver con extraordinaria lucidez estética.

4. Nuestra peculiar 'posmodernidad' latinoamericana y argentina

No es casual que estos años sesenta coincidan con los comienzos de la irradiación de lo que podemos llamar hoy pensamiento posmoderno. El posmodernismo supone reintroducir "dimensiones simbólicas ambivalentes, mezcla de códigos y reapropiación de tradiciones locales y regionales", señala el filósofo Andréas Huyssen.²⁰ Comienza la era —para algunos como el francés Finkelkraut, el alemán Habermas o el vernáculo Sebrelí, nefasta— de un anti-etnocentrismo que desemboca en la relatividad de los valores y de las

²⁰ Cf. "Guía del posmodernismo" en *El debate modernidad/posmodernidad*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 276

culturas, en la quiebra de un ideal universal de civilización impuesto por la modernidad europea.

Se crea así un clima propicio para la emergencia hacia lo visible de *los otros* (los condenados de la tierra, los negados, los marginales, los periféricos, los diferentes) y de *lo Otro* (el oscuro mundo fluente del deseo, la locura, la muerte, más allá de la estética de la representación y el formalismo).

En la Argentina de los años sesenta en adelante, señala Victoria Cohen Imach,²¹ se produce un rescate de lo tradicional, paralelo a una revitalización de la cultura *folk* en los Estados Unidos. Comienza también un interés del mercado interno por los autores nacionales (que las grandes casas no solían publicar antes de 1955), y en particular de los que provienen de las provincias o hablan sobre ellas. El centro capitalino está en proceso de revisión de su antiguo papel; la ex-centricidad, los márgenes, se convierten en elemento valorizado. Crece la conciencia de que toda labor cultural humana se hace en la *frontera*. Cohen Imach recuerda las palabras de Bajtín: “El hombre no dispone de un territorio soberano interno sino que está, todo él y siempre, sobre la frontera; mirando al fondo de sí mismo el hombre encuentra los ojos del otro o ve con los ojos del otro” (p. 122). Así, narradores como Conti y Rozenmacher se trasvasan hacia el Interior e invierten la mirada respecto de la propia cultura, cruzando esa frontera que “durante un largo trecho de la literatura argentina ha vedado a los escritores admitir como propios a los indígenas y el desierto, las selvas y el sur” (p. 305). El Interior ya no es un mero tema, sino “un lugar simbólico donde ambos depositan la posibilidad de consecución de la identidad nacional o continental y aún más, de la personal” (p. 306). Se exaltan la heterogeneidad y el nomadismo, la capacidad de trascender límites, de viajar por el tiempo y el espacio reconociendo y pronunciando la voz de los otros.

Hoy, en los años noventa, se han agudizado y definido, en nuestro país y en el mundo, muchos rasgos que en los sesenta eran incipientes, y se han borrado otros. Nos encontramos en un contexto donde han caído o se han debilitado las utopías de la sociedad igualitaria, que no tuvieron éxito cuando se intentó encarnarlas. El neoliberalismo se impone como sistema económico dominante

²¹ Victoria Cohen Imach, *De utopías y desencantos. Campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1994. En adelante, se cita de acuerdo con esta edición.

conformando el tan mentado fenómeno de la "globalización" de la economía mundial. Se crean fuertes relaciones de interdependencia entre los países más distantes unos de otros; el poder de los capitales transnacionales hace tambalear la consistencia y los alcances del concepto de nación; todo se vuelve visible —pero no necesariamente inteligible— a través de la compleja cadena de imágenes que nos conecta, a cualquier hora del día y de la noche, con todos los puntos del planeta y aun con el espacio exterior; se fracturan los grandes relatos emancipatorios y la idea de una realidad "autorizada"; todo es ángulo, escorzo, confluencia de miradas y perspectivas múltiples en un punto azaroso. Por otro lado, esta sociedad planetaria unificada por la tecnología y la macroeconomía, intercomunicada y aproximada, es también la sociedad de la fragmentación étnica y cultural, la de las pluralidades y parcialidades. Ahora, se dice en el libro *Las culturas de fin de siglo en América Latina*.

las fronteras de las naciones metropolitanas se cruzan y caen las viejas metáforas de los "espacios alternativos" (geográficos o personales), fuera de la sociedad o del capitalismo. Caen los sesenta. . . No hay huida porque el flujo global no tiene afuera, sólo tiene intersticios ocupados por mujeres, gays, indígenas, marginales. Cómo pensar sin naciones. Hoy, las fronteras proliferan al infinito y los desplazamientos no sólo ocurren en el espacio "real" sino también en el espacio cibernético y también en el psicológico, interno. Y emerge un vocabulario diferente, una máquina de leer diferente: flujo, velocidad, intersecciones, posicionalidades, cruces, márgenes, exceso y caos... esta proliferación de espacios que produce la borradura de "la nación" y de los estados naciones se acompaña de una redistribución de los espacios políticos y culturales en el interior de las naciones.²²

En Latinoamérica la situación reviste una complejidad especial. Se trata de un mundo que siempre fue frontera, entre Europa y lo precolombino, entre Europa y lo desconocido, entre lo viejo y lo nuevo, un mundo que osciló y oscila entre límites dudosos, tembladeral que participa tanto de lo premoderno como de lo posmoderno. ¿Cabría hablar, en rigor, de sociedades poscapitalistas y postindustriales en un Tercer Mundo cuyas megalópolis participan de algunas características de la posmodernidad de los países

²² Cf. Josefina Ludmer, ed., *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1994, p. 10. En adelante, se cita de acuerdo con esta edición.

desarrollados, mientras que muchas zonas —habitadas, en número no despreciable por comunidades indígenas— dependen de economías regionales de subsistencia, sumidas en el atraso?²³ García Canclini halla el concepto, a mi juicio feliz, de “culturas híbridas” para englobar esta coexistencia indefinida y fluyente de lo premoderno, lo moderno y lo posmoderno, de lo tradicional y lo nuevo, de lo culto, lo popular y lo masivo, de la democracia representativa con relaciones arcaicas de poder, todo lo que constituye, en fin, la heterogeneidad *multitemporal* y *multicultural* de nuestras naciones.²⁴ Las teorías poscoloniales que menciona Walter Mignolo²⁵ no abandonan, por otra parte, la búsqueda de una postura latinoamericana resistente a “la occidentalización y la globalización, producción creativa de estilos de pensar que marquen constantemente la diferencia en el proceso” (p. 32). Pensar nuestra originalidad con respecto a Occidente implica, por cierto, ante todo; mirarnos entre nosotros, derrumbar viejos muros impuestos por la historia oficial, superar barreras idiomáticas, terminar con la incomunicación entre Hispanoamérica, Brasil y las islas del Caribe, cuestionar las divisiones dicotómicas entre Oriente y Occidente, Primer y Tercer Mundo, centro y periferia, salvajes y civilizados.

¿Y qué ocurre en particular con “el caso argentino”, nuestro caso? Hace mucho tiempo que los antropólogos nos vienen hablando de la pluralidad cultural y étnica en nuestro país, hace tiempo también que estudiosos de la literatura más o menos desoídos por la metrópoli están *pensando por regiones* para entender nuestra escritura y nuestro imaginario —baste citar dos nombres tan importantes como el de la salteña Zulma Palermo y el santafesino José Luis Vítтори. Y en este momento, como consecuencia por un lado de la globalización económica, nos llega el Mercosur, que puede ser por cierto muchísimo más que un paraíso economicista o una solución para los exportadores. Es el mejor momento para reconocer que las fronteras culturales no empiezan ni acaban con las de la nación; que resonancias afines, desde la región geográfica y antropológica, unen a Corrientes y Misiones con Paraguay y con Brasil, y al Nor-

²³ Cf. Julián Pérez, “Posmodernidad y sociedad latinoamericana”, *Alba de América*, vol. 12, núms. 22 y 23 (1993), pp. 141-153.

²⁴ Cf. Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

²⁵ Walter Mignolo, “Occidentalización, imperialismo, globalización: herencias coloniales y teorías poscoloniales”, *Revista Iberoamericana, Literatura Colonial I. Identidades y conquista de América*, núms. 170-171 (1995).

oeste con Perú y con Bolivia, y al Sur patagónico con Chile, y que la denominación "Río de la Plata" engloba hace tiempo, para los estudios literarios, a la Argentina y a la antigua "Banda Oriental" que hoy es el Uruguay —excelente testimonio es la revista del mismo nombre dirigida por el profesor Paul Verdeoye.

Por un lado, se trata de reconocer una realidad ya conformada; por el otro, de aprender sobre esa realidad. Y tal vez en este sentido, los centros como Buenos Aires, los que desconocen la pluralidad de las fronteras porque se constituyen en Ombligo del Mundo, acusen el mayor desvalimiento frente a este desafío. El peor mal, estimo, es seguir pensando el mapa de nuestro país, y el mapa de Latinoamérica, desde la categoría de centro(s) y periferia(s). Esta categoría es la que nos ha llevado a seleccionar como paradigma antropológico argentino sólo al gaucho pampeano, ignorando la peculiaridad de otras áreas humanas y geográficas. Esto explica que, pese a encontrarse ya en uno de nuestros poemas fundadores —*La Argentina*, de Martín del Barco Centenera— en nuestras imágenes representativas no haya predominado el mito fluvial sino la llanura, como recuerda en su magnífico libro sobre este poeta José Luis Vittori.²⁶ Hoy no podemos considerar la literatura llamada "regional" como el extramuros de un centro que sigue estando a las orillas del Plata y desde allí imparte un discurso teórico con pretensiones hegemónicas de validez intelectual. Necesitamos —bien lo ha reclamado Zulma Palermo— "redefinir el sistema literario argentino",²⁷ y con él, todo nuestro sistema cultural y hasta nuestra misma estructura de servicios, hecha para comunicar a las provincias con Buenos Aires, más que a las provincias entre sí, o con otros sectores de este Mercosur flamante que se plantea como el gran desafío para reubicarnos otra vez, no sólo dentro de Latinoamérica, sino dentro de nuestro propio país.

Se ha dicho con justicia que en esta encrucijada finisecular los intelectuales deben aprender el nomadismo, y convertir el pensamiento en flujo, más allá de las estructuras rígidas. Añadiría, personalmente, que los intelectuales argentinos debemos dejar de mirar la frontera en tanto periferia respecto de un Centro que parece revestir, todavía, cierto carácter sagrado como los centros míticos de

²⁶ *Del Barco Centenera y "La Argentina". Orígenes del realismo mágico en América*, Santa Fe, Colmegna, 1991.

²⁷ Zulma Palermo, "Sistema literario argentino. Teorías y modelos", en *Escritos al margen. Notas para una crítica literaria hispanoamericana*, Buenos Aires, Marymar, 1987.

las sociedades arcaicas. Antes bien, el presunto centro necesita reconocer en sí mismo sus propias áreas fronterizas y su pluralidad de sujetos culturales. Hoy día, desde la perspectiva del diálogo de las culturas y de la aceptación de la mezcla, lo híbrido, lo mestizo, como rasgo ineludible de nuestra peculiaridad, son las fronteras las que pasan a ser los centros. De estos resquicios intersticiales, de estos viejos márgenes antes depreciados, esperamos, ahora más que nunca, el advenimiento de lo nuevo, la interacción dinámica de la vida.